

LEYENDAS Y TRADICIONES DE LA NOCHE DE SAN JUAN EN LA PROVINCIA CORUÑESA

Manuel COUSILLAS RODRÍGUEZ

I.E.S. Salvador de Madariaga. A Coruña

La fiesta cristianizada de San Juan sustituyó, según todos los indicios, a los cultos solares paganos que conmemoraban el solsticio de verano. Único santo de quien se celebra el día de su nacimiento y no el de su muerte, como es tradición en el santoral.

El culto al sol se remonta a tiempos inmemorables y hay constancia de la existencia de estas fiestas paganas en el solsticio vernal por toda Europa. Asimismo, en Irlanda las hogueras en honor a Baal eran amables rituales del culto al sol. Se dice de este dios guerrero que poseía un ojo en la nuca, sostienen algunos que era un ojo de fuego y en las contiendas, para favorecer a los que le rendían culto a través de las hogueras, se colocaba de espaldas al campo de batalla contrario y con su poderoso ojo aniquilaba al enemigo.

Es la noche del fuego. Donde el pasado, presente y futuro se funden en un solo momento ante la fuerza mágica de aquello en lo que el efesino Heráclito creyó ver el principio intrínseco del mundo y del movimiento y donde fuerzas, poderes, virtudes, encantos, maleficios, deseos y rituales acuden a la llamada del fuego.

Son dos, pues, las principales teorías que sobre esta costumbre se repiten de generación en generación, sin posibilidad de fijarla en el tiempo, la teoría solar y la teoría purificadora.

Frazer, en *La rama dorada* (1995:721), sostiene que

[...] Por un lado se ha mantenido que son hechizos solares o ceremonias mágicas, fundados en la ley de la magia imitativa cuyo objeto es asegurar la provisión indispensable de luz solar para los hombres, animales y plantas, encendiendo fuegos que imiten en la tierra el gran manantial de luz y calor en el cielo. De otro lado se ha mantenido que los fuegos ceremoniales no se refieren necesariamente al sol, sino que su utilidad es simplemente purificadora, estando enderezados a quemar y a destruir todas las influencias, ya concebidas en forma individualizada como brujas, demonios y monstruos, ya en forma imprecisa, a modo de impregnación infeccionante o corruptora del aire.

La relación entre el solsticio de verano y la festividad de San Juan se manifiesta también en la literatura popular, y así lo atestigua esta cantiga:

*San Xoán, pideulle a Cristo
de que non o adormentase
para ver bailar o sol
o día da súa romage.*

El antropólogo Florentino Cuevillas, en sus trabajos de la *Edad de Hierro* sobre los símbolos solares, analiza las usanzas y ritos al sol en la prehistoria gallega.

También Leandro de Saralegui en su *Estudio sobre Galicia* se refiere, aunque con otras palabras, a la piedra serpenta o *pedra da serpe*, existente en Gondomil-Corme (A Coruña) que además de relacionarlo con el culto ofiliátrico en Galicia, cree que es la representación del dragón llamado Bel o Baal, divinidad semítica pero muy venerada por los fenicios y relacionado con ritos de fuego, especialmente en el solsticio estival; al que antaño se le encendía, igual que al dios Melcarte, una gran hoguera como símbolo de la unión de los navegantes fenicios.

Aún hoy no se sabe con certeza el origen de esta mítica piedra de una época anterior a la romana. Se cree, según unos investigadores

que fue construida por los celtas; y, según otros, por una errante colonia fenicia.

Es la noche sanjuanera, solsticio estival, donde la imaginación da rienda suelta a numerosas leyendas fantásticas y en la que perviven remotos mitos, la naturaleza se personifica, adquiriendo propiedades benéficas; afloran por doquier brujas, y espíritus malignos, las jóvenes adivinan qué profesión tendrá su novio, las plantas salutíferas multiplican sus virtudes, el rocío cura enfermedades y el fuego destructor de hechizos se convierte en sustancia purificadora.

En definitiva, el aire se carga de un espíritu mágico que lo impregna todo.

Todavía en muchos lugares, pueblos y ciudades de la provincia coruñesa consideran a la naturaleza como una especie de talismán con propiedades mágicas, adivinatorias, curativas y poderes cosmotelúricos así como un antídoto contra la esterilidad, especialmente la noche de San Juan, noche mágica por antonomasia, acerca de la que existen diversas creencias relacionadas con espíritus sobrenaturales y de ultratumba. La noche más corta pero la más telúrica, en la que los elementos tierra, agua y fuego, éste último acompañado de música y danza, son los auténticos portadores de lo fantástico-maravilloso, aunque el ritual se debe realizar desde las doce de la noche hasta el alba.

El fuego nunca ha obedecido solamente a un fin eminentemente funcional, siempre estuvo asociado a ceremonias y a prácticas de carácter ritual y, en consecuencia, sagrado, estando tan ligado a éstas que constituía el eje de su desarrollo, convirtiéndose, por lo tanto, en ceremonia y en rito.

Así pues, su finalidad ha respondido tanto a un instrumento vital para la humanidad como a una conveniencia de índole mágico-religiosa, que proviene de los celtas y también de los fenicios. Robado al sol o arrebatado a Zeus por Prometeo para llevárselo a los hombres, el fuego en la sociedad cristiana ha sido y sigue siendo, salvo el del infierno, símbolo de purificación y regeneración.

Lo mismo diremos sobre la música que se desarrolla alrededor del fuego que además de su carácter meramente lúdico también lo tiene mágico-religioso, siendo una especie de médium que pone a los seres humanos en comunicación con el mundo sobrenatural que domina y regula sus vidas.

La música que el pueblo tañe a través de los más variopintos instrumentos alrededor de la hoguera, acompañada de múltiples canciones, no se destina simplemente a despertar una sensación lúdica sino que responde también a una sensación mágica, portadora de un carácter marcadamente conjurativo hacia los espíritus y fuerzas malévolas.

La música y la canción están estrechamente vinculadas a la danza, por eso en esta noche mágica se baila y se baila hasta al amanecer, siendo partes sustanciales del ritual sanjuanero y encaminados tanto a crear un ambiente festivo como a ahuyentar los espíritus del mal.

Posiblemente, de todos los ritos asociados a esta noche mágica, el saltar la hoguera es el que más ha perdurado. Se trata de un rito tan antiguo que el poeta latino Ovidio ya lo recogía en los *Fastos* (Siglo I), obra en la que describe las fiestas y los ritos romanos. Entre éstos narra cómo es preciso cruzar tres veces saltando la hoguera en la fiesta de Palas Atenea y cómo pasaban su ganado a la carrera sobre una línea en llamas para protegerlo de las alimañas. Se sabe que el hombre primitivo siempre tuvo miedo de la oscuridad y a partir del solsticio de verano el día iba menguando y la noche además de crecer se iba haciendo cada vez más poderosa. Era necesario vigorizar el sol encendiendo hogueras, danzando a su alrededor e incluso saltándolas. El fuego daba luz y también les libraba de los maleficios. Creían que las fogatas eran una parte del astro solar y se le atribuían las mismas propiedades mágicas.

Rito, superstición o fiesta de San Juan tan hondamente arraigada en la provincia coruñesa que el impulso destructor del tiempo no ha conseguido borrar las huellas de su paso y que se conservan en nuestras aldeas, pueblos y ciudades, resistiendo el transcurrir histórico e incluso las ideologías.

De este modo, a través de las hogueras, esta gente nos habla de sus tradiciones, conservando en sus hábitos y en su memoria algún vestigio —el que sea— de la historia de sus antepasados, cargada de viejas convicciones, de sucesos insólitos y que adentrándonos en las entrañas del tiempo nos relatan creencias de un remoto pasado en el que los robles eran titanes de un fantástico bosque animado, donde moraban seres sobrenaturales que regían el destino de los hombres. Relatan, asimismo, que en él erraban meigas seductoras capaces de amparar o hundir en la adversidad a aquellos que se cruzaban en su camino.

Al anochecer la juventud se llama a gritos por las aldeas, pueblos y ciudades, carreteando toda clase de objetos combustibles que arrojan cada uno a su montón, porque este evento anual es motivo de idiosincrasia de grupo donde cada lugar, plaza, calle o barrio se esfuerza con la finalidad de que su hoguera sea la más voluminosa y que sus resplandecientes llamas causen el asombro de propios y extraños.

Incluso los niños disfrutaban de la construcción de la fogata, buscando por doquier material capaz de producir lumbre, porque sabido es de todos que al fuego como a las buenas gargantas tanto le echan tanto traga.

Conforme anochece, la gente se reúne en torno a su hacina en atmósfera festiva. Llegada la medianoche, se le prende fuego, se alzan las llamas que poco a poco empiezan a chisporrotear en todas las direcciones. Comienza, entonces, el bullicio y la alegría junto a la hoguera: comen y beben en fraternidad en torno al fuego; tocan, cantan y bailan a su alrededor, describiendo un círculo y después lo saltan ritualmente.

Incluso en algunos pueblos de la *Costa da Morte*, las embarcaciones que en esta noche se encuentran en la mar pescando, hacen en la proa una hoguerita para saltarla; porque el fuego en esta fecha mágica es poseedor de virtudes, aleja enfermedades y destruye poderes malévolos.

En los pueblos, en general, los lugares elegidos para la construc-

ción de la hoguera son la plaza, los cruces de caminos o montes altos.

La fogata que humea en las encrucijadas o lugares de acceso es para que el fuego purificador proteja a sus habitantes de los enemigos forasteros visibles e invisibles. En Carballo, la construcción de la hoguera en el cruce de caminos, es para que no entren las meigas; en Santa Comba para quemarlas y en Malpica para echarlas fuera.

Al despuntar el alba, hacen pasar al ganado por encima de las cenizas de las hogueras de las encrucijadas para que participe de las bendiciones ígneas de esa noche y después las esparcen por los huertos porque con ello creen asegurar una buena cosecha. Para estos pueblos la ceniza, asociada a la destrucción, simboliza también el eterno retorno, como nos lo recuerda el mito clásico del ave Fénix, que resurgía de sus propias cenizas. Ya en la Antigüedad se atribuía a las cenizas cualidades regenerativas.

La hoguera de la plaza tiene un significado especial, su localización es altamente significativa, tiene connotaciones catárticas y simboliza que, por lo menos una vez al año, el pueblo se hermana, huye de las realidades cotidianas, aboga y ratifica la cohesión social, reuniéndose numerosos vecinos en torno a ella, la principal de la localidad, para purificar las inevitables rencillas vecinales y quemar a los espíritus malignos.

La fogata en montes altos, remacha la idea de armonía interna y solidaridad entre lugareños que se quiere demostrar a los pueblos más próximos.

La competición de hacer la pira más grande conlleva un deseo de demostrar fortaleza y vigorosa personalidad colectiva o de grupo, su fuerza y poder está simbolizado en la elevación y magnitud de las llamas. Y así, en esta noche mágica, en lontananza se divisa siempre alguna aldea situada sobre una escarpada colina o áspero despeñadero, semejando murallas incendiadas y añadiendo fiereza a los salvajes contornos del paisaje.

Esta actitud es común a aldeas, pueblos y ciudades, donde las aldeas colindantes, los pueblos más próximos o los barrios limítrofes

responden en directa competición, encendiendo una fogarata, si pueden, mayor.

La noche víspera de San Juan se celebra animada y ritualmente en toda la provincia coruñesa. Se baila alrededor de la hoguera al son de los más variados instrumentos, donde el pan, las sardinas, la empanada, el vino y la queimada se reparten en camaradería, además de otros alimentos que se han ido introduciendo, especialmente en las ciudades.

La hoguera solsticial, según la tradición, da buena suerte y detiene las enfermedades, el mal de ojo y a las brujas.

La pira se enciende y se salta principalmente para destruir y arrojar simbólicamente todo el mal que pueda amenazarnos. El salto, pues, representa genéricamente el rechazo a todas las fuerzas malévolas que son quemadas por las llamas purificadoras.

Al saltar el fuego, especialmente, en las aldeas y pueblos, recitan a modo de estribillo:

*Sáltoche lume de San Xóan
pra que non me morda
culebra nin can
nin cantos males han.*

A cada uno de estos seres o elementos corresponde algo propio: A San Juan otorgar bienes. Al hombre: gozar de salud. Al fuego: quemar. A las culebras y perros: morder. A los males: enfermedades.

El estribillo se refiere en particular a los perros rabiosos, que antaño eran una amenaza para la población. Y en torno a las culebras hay en la provincia coruñesa todo un cúmulo de creencias que las hace mentalmente peligrosas, especialmente se les acusa de envenenar las fuentes donde hubieran bebido. Asimismo en algunos lugares de la comarca de Bergantiños, existía la creencia de que para obtener el favor de San Antonio en unas y de San Roque en otras, era necesario pisar nueve veces las cenizas de una culebra quemada en una de las fogatas de San Juan.

En el estribillo se contraponen pero a la vez se complementan la destrucción a la purificación, la salud a la enfermedad y el bien con el mal.

Esta misma idea se manifiesta en el acto de saltar la hoguera: el pasar sobre las llamas cuya naturaleza es quemar, pero hay que vencer la gravitación y salir ileso, al tiempo que poniéndonos en contacto con este fuego purificador nos apropiemos de sus virtudes, pero sin quemarnos. Por analogía se desea lo mismo cuando uno se encuentre con una culebra o con un perro, cuya naturaleza le exija morder, no nos muerda y que cuando nos rodee el mal, no nos ocasione desgracias.

Es interesante desde un punto de vista pragmático destacar la dualidad moral que se vislumbra a través del rito del fuego (el bien está encarnado en el fuego, el mal lo personifican los espíritus malignos). Esta ambivalencia *bien/mal* ya está presente en los cancioneros galaico-portugueses. Estaríamos en lo que Bajtín llama *intertextualidad*.

También la fogata es, en cierto modo, como la épica, portadora de imágenes, comportamientos y deseos que los pueblos aprueban e indudablemente transmiten. Es decir, desvela la solidaridad espontánea de la comunidad con las pautas de comportamiento que el rito del fuego le ofrece.

El momento mágico y embrujador, enmarcado en el encuentro del grupo, se produce desde la medianoche hasta el alba o el canto del gallo, pregonero del amanecer. Y así este tiempo mágico y el entorno enigmático se armonizan en un todo intelegible y concreto, influyendo este período fantástico-maravilloso sobre los actantes; adquiriendo, especialmente los espíritus malignos, tácticas de una habilidad sorprendente o diabólica.

Es también este solsticio vernal, la noche de las meigas que, según creencia popular, despliegan febril actividad.

En algunos pueblos de la *Costa da Morte*, cuentan los más vie-

jos, que en esta noche telúrica las meigas se apoderan de embarcaciones y van navegando hasta los faros o promontorios marinos para pasar allí la noche de San Juan comiendo, bailando y cantando, se bañan a las doce en punto y después celebran un conciliábulo de carácter siniestro para sus vecinos, planificando qué mal podrían causarles; por ello en esta fecha mágica los pescadores clavan en el palo mayor de sus naves tres cardos para que los protejan de las brujas.

Pero qué duda cabe, también es una noche festiva que se festeja hasta el amanecer, donde el recuerdo de los tiempos pasados en torno al fuego y la armonía entre el pasado (vejez) y el presente (juventud) lo plasma perfectamente Alfredo Brañas en este poema:

*¿Quén pode esquencer de vello
Os seus tempos de rapás?
¿Quén pode esquencer a noite,
A noitiña de San Xuan,
Co seu séquito de bruxas.*

*Fogeuiras, baños de mar,
Augas de rosas, parrandas,
Troulas, bailes, aínda máis?
¡Si hasta vellos como somos,
Os fogos imos brincar!*

Nuevamente, a través de este poema nos encontramos en esta noche festiva con la ambivalencia brujas y encantos/fuego purificador y danza. Por una parte las fuerzas del mal andan desatadas buscando a quién inyectar su variada ponzoña; pero también la salud, la fertilidad y la bondad están prendidas en las hogueras, mares, ríos y fuentes, incluso en las plantas, flores y en el rocío.

En esta fantástica noche todo se metamorfosea y en esta atmósfera mítica lo inconcebible se convierte en verosímil, lo irreal en real, porque en el inconsciente todos queremos actuar un poco de aprendices de brujo, cambiando la realidad cotidiana y dando rienda suelta a través del embrujo nocturno, aunque sólo sea una vez al año, a deseos

y sentimientos aplacados por las normas ético-religiosas.

También en ciertos pueblos de la *Costa de la Muerte* en este ritual del fuego se mezcla el poder de la magia con sus ritos y el poder divino con la intervención de Dios, de la Virgen María y de San Juan; así lo demuestra este conjuro que se dice al saltar la fogata

*Maldade, vaite, sae de aí.
Vaite ós montes altos
onde non hai nenos, cans, nin galos,
nin oías nenos chorar
nin cans ladrar
nin galos cantar.
Polo poder de Deus,
da Virxen María
e de San Xoán.*

Este conjuro debe ser entendido como un intento de arrojar los males donde no haya vida humana ni de ningún otro tipo, a los terrenos más remotos y estériles donde no puedan hacer daño a las personas ni a sus animales ni a sus bienes y que se podría asociar también al tópico del monte desolado que se ha identificado desde muy antiguo, en la literatura popular panhispánica, con la geografía más desierta, inhóspita y aterradora que la fantasía humana pueda imaginar.

Protagonismo especial en esta festividad lo adquiere, sin duda alguna, el número nueve que simboliza el tránsito de una fase o estadio a otro, de la nada al nacimiento de algo. Es, de los múltiples de tres el que mayores virtudes posee. Todavía, en ciertos lugares costeros de la *Costa da Morte*, se cree que quien a las doce en punto de esta noche mítica se bañe en el agua del mar y reciba nueve golpes de ola queda inmunizado durante el año contra toda enfermedad. Además, si es mujer, este ritual propicia la fertilidad.

También saltar nueve veces seguidas la hoguera de San Juan da buena suerte. Y asimismo, las jóvenes que a la novena saltaban sin tocar las llamas, sin duda alguna, se casarían antes de un año, las que no lo conseguían tendrían que esperar mejor ocasión.

Igualmente el roble que ha sido herido por el rayo, en esta noche mágica, tiene propiedades curativas para cualquier enfermo que toque nueve veces el lugar dañado por los efectos de éste.

En algunos pueblos de la comarca de Bergantiños para sacar el mal de ojo o del aire, también contra la envidia o enfermedades misteriosas, juntan nueve hojas de la planta llamada de la envidia, nueve de la planta del aire, otros tantos dientes de ajo e igual número de arenas de sal gorda, formando un montón. Luego lo distribuyen en nueve partes, y cada vez que salte la hoguera el afectado, arrojará una porción, repitiendo el ritual nueve veces, al tiempo que se recita el siguiente ensalmo:

*Con el humo de este fuego,
de la hoguera de San Juan,
sal, mal de ojo o de aire,
envidia o enfermedad.*

Revolcarse nueve veces sobre la hierba húmeda impregnada del rocío de la madrugada solsticial tiene grandes virtudes para las enfermedades de la piel, es recomendable contra el acné y acrecienta la belleza.

Sin olvidar las cualidades curativas contra el bocio que, según creencia popular, en muchos pueblos coruñeses, tiene el beber en esta noche mítica agua de nueve fuentes.

El culto al agua está muy arraigado en la tradición popular. Nuestros antepasados adoraban los ríos, manantiales, y especialmente las fuentes, donde veneraban a los espíritus de la naturaleza, las ninfas. Antaño los campesinos ofrendaban a las fuentes pan y vino, considerando al agua como principio y origen de toda vida, por su condición creadora, purificadora y fecundadora de la tierra, además porque era el único elemento capaz de vencer al fuego. Aún hoy la importancia de su culto en nuestra provincia se observa en la enorme cantidad de santuarios existentes, todos ellos con su fuente milagrosa.

El poder purificador del agua duraba hasta el despertar el día y

se complementaba este estado de perfección anímica al amanecer, lavando las manos y el rostro con hierbas y flores de San Juan (como hinojo, helecho macho o ramos de aliso), que se debían coger antes del anochecer y siempre con fines profilácticos, curativos o mágicos.

Según cuentan, salpullidos, verrugas, enfermedades de la vista y mal de ojo desaparecían con la combinación de estos elementos en un recipiente expuesto toda la noche a la luz de la luna y en dirección a oriente, para recibir así las primeras luces de la aurora, y a la vez servían de antídoto contra la vejez.

Noche propicia también para intentar adivinar el futuro, por ello algunas jóvenes dejan al sereno, a las doce en punto de la noche un plato con agua, en el cual ponen la clara y la yema de un huevo.

Al romper el día, observan la forma que ha adoptado el contenido, analizando la silueta que el huevo ha dibujado como si de un caprichoso lienzo se tratara y dando rienda suelta a sus pensamientos y deseos. Así, si se parece a un barco, su novio será marinero; si a un martillo, carpintero; si a un castillo, militar, etc.

¡Cuántas leyendas y tradiciones verídicas y fabulosas, cuántos cantares y romances amorosos hay referentes a estas románticas creencias!

Hace tiempo conocí en Camariñas a una mujer que entusiasmada decía que había encontrado el secreto de prolongar la juventud con la mezcla y ritual que hacía con las hierbas de San Juan aunque, pasados los años, sólo consiguió perpetuar sus canas y sus arrugas.

Todavía, en algunos pueblos del litoral coruñés, los cantos rodados marinos de naturaleza marmórea y de color blanco o rosáceo tienen en esta noche poderes mágicos y colocados en el lastre de una embarcación pesquera traen buena suerte para la pesca durante todo el año.

Así lo refleja este romance popular:

Porque, amor, no pescas nada,

*andas triste y apenado,
para conseguir tu amor,
te voy a decir, mi amado,
el remedio de tus males:
en esta noche de encantos,
de brujas, fuegos y danzas,
pon en el lastre del barco,
si la mar está tranquila,
un canto rodado blanco,
pálido como mi cara;
y si el mar se torna bravo,
en el fondo de tu nave,
ponle un guijarro rosado,
rosado como mis labios.*

En Malpica existe la tradición de poner en las viviendas un ramo de hierbas de San Juan atado con un lazo rojo en las puertas, ventanas o terrazas para espantar a las meigas. Asimismo aún se dice en esta localidad que se van esta noche con el macho cabrío al *Monte Neme*. Y como es costumbre, era difícil que en esta noche festiva faltara algún que otro comentario jocoso en torno a las suegras, y así muchos hombres casados bromean diciendo que la noche de San Juan es la más tranquila para ellos, ya que sus suegras no están en casa sino reunidas en el Monte Neme, porque a todas ellas las consideran un poco meigas.

El rito del paso a través del roble mientras se pronuncian diversos ensalmos para curar la hernia infantil y el raquitismo ha estado, hasta hace muy poco tiempo, muy arraigado en la tradición popular. Su asociación a la noche de San Juan, la intervención de personas llamadas Juan, juntamente con el nombre de María, y la unión y atadura del árbol después de la operación, constituía un ritual de curación revestido de elementos mágico-supersticiosos, siendo tres las veces que la criatura tiene que pasar a través de la hendidura.

En unos lugares son tres Marías que tienen que ser vírgenes y un Juan que también será mozo soltero; en otras localidades son tres Juanes y una María.

Uno de los ensalmos es:

*-¡Toma, Juan!
-¡Dame, María!
-Quebrado te lo doy,
y sano me lo has de dar.*

Las variantes son numerosas, unas en gallego y otras en castellano, siendo además imposible relatar todos los matices, creencias y elementos rituales que conforman este rito.

Cuentan también que en esta noche telúrica es frecuente el desencantamiento de quienes sufren maleficios y así las doncellas encantadas, llamadas moras o *mouras*, salen a las doce en punto de la noche y se las ve sobre izados peñascos, en los castros, en las entradas de las cuevas o en las orillas de las fuentes milagrosas y lo hacen con la ilusión de recobrar su ansiada personalidad humana.

Su imagen se aproxima a la de la mujer salvaje y también a la de la meiga. En la mayoría de los casos no son cristianas, sino musulmanas, a las que el folclore romántico, tan propenso a la mitificación de los asuntos medievales, convirtió en una especie de mudéjares.

Su desencantamiento debe producirse de noche, especialmente la noche de San Juan y por medio de unos panes que tienen que llegar íntegros y que, generalmente, son obsequios procedentes de familiares que se hallan en lejanas tierras, especialmente musulmanas, teniendo reservados para su libertador cuantiosos tesoros escondidos. Es imprescindible que vaya solo y pronunciar tres veces el nombre de la mora. Y si ella acepta el canje le responde con una copla, por ejemplo ésta:

*Una extraña maldición,
¡ay!, me tiene aquí encerrada;
libérame pronto, amigo,
no me dejes encantada.*

En la mayoría de los casos, quizá por influencia bíblica, la curiosidad femenina de alguna mujer familiar del joven (contra la que la leyenda en general apercibe, si se transgrede la orden, bajo pena de

gran castigo) frustra el desencanto, y de este modo estos relatos adquieren una intencionalidad moralizadora.

Asimismo esta fecha mágica es propicia para las doncellas que están encantadas en forma de serpiente, guardianas de tesoros escondidos en profundas cuevas o fosos y que sólo darán su fortuna al hombre que las desencante, una vez que venza con arrojo sus temores, y que es celosamente elegido por ellas, como se refleja en este romance popular que recuerdo de mi infancia en Corme (Cousillas, 1998:59):

*Dime, serpiente hermosa,
de quien son esos tesoros,
que celosamente guardas
en esos profundos fosos.
-Yo los tengo reservados,
para el que me desencante.
-¿Qué es lo que debo hacer
para este heroico lance?
-Sólo que beses el clavel
que preso llevo en mi frente
y convertirme en mujer,
antes que el gallo despierte.*

El beso en forma de desencantamiento nos recuerda muchos cuentos populares. Observamos también la creencia, generalizada, entre la gente menesterosa de las historias de tesoros escondidos. Las riquezas escondidas en Galicia suelen estar bajo influencia mágica o guardadas por seres encantados que están haciendo una desvelada guardia durante muchos siglos.

Posiblemente, la benévola Naturaleza consuela con la fantasía la falta de recursos. El pobre sueña, aunque sea una vez al año, con la posibilidad de conseguir esos montones de oro escondidos. El campesino o marinero es consciente de que los cambios repentinos en el estamento social al que pertenece son prácticamente imposibles, pues exigen una modificación del orden establecido, y comprende que esto sólo es factible en una noche mágica. Es decir, es más sencillo hacerlo a través de la magia que de las leyes sociales. Por eso, generalmente, la literatura popular nos dice que aceptan el desafío.

Algunas narraciones folclóricas de la provincia coruñesa que han perdido su significado legendario y que tratan sobre las *lavandeiras*, hunden sus raíces en tiempos remotos anteriores al cristianismo, existiendo múltiples versiones sobre estos seres heterogéneos y al servicio del demonio que, según la tradición, ejercen sus maleficios en los ríos cercanos a las encrucijadas, especialmente la noche de San Juan, noche mágica por antonomasia.

La *lavandeira* es un ente ficcional híbrido: una lamia personificada con rostro de mujer hermosa y cuerpo de dragón. Su hermosura seduce a los mozos y su cuerpo de color verde oscuro es imperceptible en la oscuridad de la noche. Es una especie de celestina del demonio que, cuando está lavando la ropa en la noche sanjuanera, requiere la ayuda del caminante para retorcer la ropa recién lavada y, si lo hace en el mismo sentido que ella, puede darse por perdido, ya que es entregado al diablo.

Como es lógico, tampoco el demonio podía quedar al margen ni estar ocioso en esta noche propicia para los espíritus malignos. Dicen en algunos pueblos de la comarca de Bergantiños que en esta festividad de San Juan se viste de gala para poner en juego una de sus cualidades, la de seductor, tomando un aspecto agradable para de este modo predisponer a su favor a la víctima.

Así nos lo presenta, en esta noche mágica, la tradición bergantiñana:

Ojos penetrantes y de color verdoso (que simboliza la envidia, demoníaco pecado por antonomasia). Vestido con traje negro (emblema de la muerte, según unos, y, según otros, de la maldad). Ataviado con una elegante capa roja (que simboliza el fuego destructor del infierno). Un sombrero negro (que representa la magia de esta mágica noche) y apoyando su brazo izquierdo en bastón de madera de castaño con puño de plata (símbolo del poder). Una nube de color grisáceo (que simboliza la astucia) le sirve de pedestal, porque como príncipe que es, aunque de la muerte y de las tinieblas, no debe pisar la tierra, es como un trono que lo separa y distancia de los humanos.

De la unión del mito con el hecho religioso es frecuente que surja la leyenda, que suele traducirse en un rito.

Por eso no nos debe sorprender que todo este mundo de extraños seres que envuelven al solsticio vernal, según cuenta la tradición, excite la imaginación del hombre, a la vez que le produce una sensación de temor ante lo desconocido e incierto. Esto explica que desde tiempos ancestrales temiesen a estos misteriosos seres que podían, en cierto modo, regir el destino de sus vidas y procurar a través del fuego purificador, con aguas y fuentes milagrosas o con hierbas y flores con poderes profilácticos, curativos o mágicos, contrarrestar sus efectos.

Nos encontramos, pues, actualmente en nuestra ciudad con unas raíces que se hunden en el pasado y que se han ido transmitiendo de generación en generación, a través de la expresión sobre todo y mediante gestos comunitarios más que a través de la escritura, de la que se conservan pocos restos, porque es la voz el medio básico de comunicación entre la comunidad, sirviéndose de la palabra que se abre a un abanico ilimitado de signos, en continuo proceso de transformación, manifestándose hoy mediante un conjunto de ritos que tienen como fin fundamental mantener la cohesión y armonía de grupo dentro de un ambiente festivo.

Desde hace muchos años, como mandaba la tradición, en la ciudad Herculina al anoecer del día veintitrés del mismo mes de San Juan, en muchas encrucijadas de calles se hacía una hoguera con los enseres inservibles que pudiera devorar el fuego protector y también con todos los materiales inflamables que niños y jóvenes de la ciudad carreaban a lo largo de la tarde, algunos robados –ya que según la tradición la fogata más purificadora es la que arde con leña robada-, pugnando cada calle o lugar en construir la pira más alta como símbolo de cohesión, liberación y poderío.

Hogueras que eran vigías contra los maleficios, columnas de fuego que chisporroteaban sentimientos de liberación, llamas destructoras de las rencillas cotidianas y luminosos testigos de la cohesión social de la calle o del barrio, componiendo a su alrededor entrañables escenas que serían dignos cuadros para un gran pintor.

No es sencillo fijar el nacimiento de estos festejos en la ciudad Herculina, pero sí es conveniente delimitar las celebraciones de antaño de las modernas. Fue a comienzos de la década de los setenta, cuando un grupo de personas coruñesas, deseosas de que el ancestral rito del fuego del solsticio de verano no se perdiera en nuestra ciudad, decidieron reavivar e incluso oficializar lo que hasta ahora había sido, según antigua usanza, un ritual espontáneo tanto de jóvenes como de adultos.

Así actualmente, junto a incontables candelas levantadas en distintos y numerosos puntos, especialmente en la playa del Orzán y en la de Riaza; también la fogata levantada, como cada año, por la *Comisión Promotora de las Hogueras de San Juan*, arde esta noche -a las doce en punto- como testimonio y símbolo de permutabilidad de una tradición que se transmite de generación en generación. Con lo que es fácil imaginar que, vista la ciudad desde el Monte de San Pedro, parezca que La Coruña arde por los cuatro costados. Tampoco sería difícil imaginar en esta noche de fuego y de magia lo que nos podría contar la Torre de Hércules, testigo pétreo, año tras año, de estos acontecimientos, y que aunque tácita, no es ajena espectadora de los hechos sino que, expectante, otea a través de los ojos del faro la festividad sanjuanera coruñesa e impregnando su retina del llameante paisaje, escucha también a través del murmullo de las olas de la Ensenada del Orzán los ensalmos con que la multitud pretende reforzar el poder protector del fuego.

Hoy como ayer, se percibe en los rostros de la juventud coruñesa un sentimiento de emoción, respeto y mimetismo en relación con la tradición cuando a las doce en punto de esta noche fantástico-maravillosa en la playa de Riaza y del Orzán, incorporando nuevas fórmulas pero sin olvidar las viejas, festejan con fuego, música y danza la noche mitológica igual que lo hicieron muchos de sus antepasados en sus respectivos pueblos o lugares, recordando alrededor de la fogata rituales de remotas edades, ya que ni la distancia ni el tiempo harán jamás olvidar la dulce memoria de la tradición. Hay tal poesía en estos recuerdos de infancia, que se siente dulcemente arrebatada la imaginación y, como antaño han hecho sus predecesores, se lo transmitirán a sus hijos, sirviéndose de la palabra,

palabra que navega a través de los tiempos, dándole a esta festividad un carácter de perdurabilidad y un significado transhistórico. Un año más, en compañía de los amigos unos, rodeado de los suyos otros, celebran al calor de la lumbre estos enigmáticos y remotos ritos, mensajeros de conductas y portadores de magia y de seducción que se sumergen en la noche de los tiempos y que nadan en el fondo lejano de los recuerdos, donde la fantasía y la realidad se confunden y sirven, según se ha ido contando de generación en generación, para ahuyentar los maleficios y también a los espíritus malignos que en esta noche telúrica y de encantos salen a la superficie de las míticas aguas de la Ensenada del Orzán y andan recelosamente acechando a la multitud sin tener el valor de introducirse en la playa, por miedo al fuego protector, según cuentan los más viejos de la ciudad. Y así, al son de las olas y al compás de la música procedente de la playa, meigas, duendes, espíritus malignos..., danzan constantemente en la imaginación popular, resistiéndose a abandonar la bahía e impregnando el escenario de una atmósfera mágica, dando rienda suelta a sus instintos que se convierten en una cola larga y ondulante como estela de la mar, a la vez que ofrecen una imagen taumatúrgica de la noche, siendo el fuego símbolo de la luz y del poder el elemento aglutinador y protagonista indiscutible de estos festejos telúricos.

Parafraseando a Cervantes podríamos concluir diciendo:

Dios sabe si en esta festividad del solsticio vernal hay maleficios, seres encantados, meigas, espíritus malignos... o no, en la provincia coruñesa, o si son fantásticos o no son fantásticos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BRAÑAS, A. (1888). *Galicia Humorística*. Santiago.
- COUSILLAS, M. (1998). *Literatura Popular en la Costa de la Muerte (Enfoque semiótico)*. Patrocinador Concello de Ponteceso. A Coruña: Ventoprint.
- FRAZER, J. (1995). *La rama dorada*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.